

cosa, en mi gusto más profundo, de Herrera, Calderón, Quevedo, todo ese linaje, espléndido como literatura, que siempre ha influido tan mal en mí. Es verdad que yo no soy lector a destajo, porque soy creador incesante, y no necesito para escribir poemas otras fuentes que las que me he asimilado sin proponérmelo. Yo no acumulo tesoros, cuando veo una página que me interesa o me deleita, la receto y no le echo nada más encima. Sin embargo, creo que conozco bien a los poetas que me gustan; como creo que conozco, por ejemplo, a mi madre, aunque no haya presenciado todos los actos de su vida».

Es interesante en grado sumo este documento del poeta Juan Ramón Jiménez, tan conocido y tan leído en Chile, desde hace muchos años. Y lo es doblemente porque en él, como hemos dicho, narra algunos episodios pasados y trae al tapete de la actualidad sucesos de otro tiempo relacionados con el escritor español José Bergamín, cuya ideología Jiménez pone al descubierto. Veremos si en nuestro próximo número damos publicidad a esta carta. Entre tanto, hemos querido anticipar a los lectores de «Atenea» este fragmento sugestivo.

<https://doi.org/10.29393/At231-140SSRA10140>

Santiago de siglo en siglo

Se ha publicado en una espléndida edición un libro sobre Santiago, de que es autor el señor Carlos Peña Otaegui. No es frecuente en Chile la publicación de esta clase de libros. No existe aquí como en Francia, el gusto por las cosas viejas de una ciudad, o por lo menos el amor por la ciudad. Pero el señor Peña Otaegui ha demostrado poseer esta cualidad y la ha empleado en la confección de un libro, *Santiago de siglo en siglo*, en el que se hace la historia de nuestra capital desde su fundación hasta nuestro días.

El autor ha escrito con amor las páginas evocadoras y ha puesto en ellas un fervor que da a este volumen una grata impresión de originalidad. Todas las costumbres de siglo en siglo,

como los sucesos más notables y las características más esenciales de la capital en sus modalidades, en su clima y en su historia, están contenidos y descritos en este volumen, que además está exornado con ilustraciones y fotografías explicativas que ayudan a la comprensión del texto. El autor no se ha limitado a hacer historia. Ha sobrepasado ese intento. La crónica íntima está tratada con penetración y buen humor. Y muchos de los aspectos típicos de nuestra capital, cobran en la descripción del señor Peña Otaegui, una viveza y un encanto especiales. Este libro nos ha recordado muchas de las excelentes monografías o itinerarios sentimentales e históricos en que tan fértiles han sido los escritores parisienses, enamorados de su ciudad, como el señor Peña Otaegui lo está de la capital chilena.

Casa de la Infancia

Luis Durand ha entregado a la publicidad un volumen de cuentos que titula *Casa de la Infancia*. Recoge allí parte de su producción escrita en diversos períodos. Pero tienen todos estos cuentos, no obstante esa circunstancia, la unidad que les presta la naturaleza misma del escritor y su sentimiento tan característico del campo. Pero especialmente tiene este libro la modalidad liviana y esencial de su vena romántica. En Durand nosotros hemos encontrado siempre un artista romántico que trabaja sobre seres humanos con la destreza de un experto conocedor de sus vidas.

La obra de Durand se ha impuesto en nuestra narrativa, precisamente por esta cualidad que no es frecuente encontrar en los escritores chilenos, por este soplo poético que impregna sus narraciones con un limpio aire de novedad y de sensibilidad. Lo mismo sus cuentos del campo como los de la ciudad, llevan en su estructura la marca inconfundible del autor: naturalidad, sencillez, livianura. Se leen con agrado, sin tropiezos.